

# Abstracción y Naturaleza

Por Waldemar Sommer

**D**OS autores que, sin proponérselo, desde luego, exhiben durante estos días en Santiago se convierten en representantes de un comportamiento estético singular. De tal manera, ambos constituyen hitos extremos dentro del mecanismo de la creación. Es cierto que los dos pertenecen a generaciones diferentes; sólo coinciden, aunque a la inversa, en el recorrido de sus procesos de operación respectivos. En efecto, uno de ellos llega a la abstracción desde formas figurativas, mientras el otro alcanza un tipo especial de figuración partiendo de formas abstractas. O sea, cada vez, un punto de partida nutre y sustenta al puerto de arribo. Se trata así, de los casos de Gonzalo Díaz y de Matilde Pérez.

El primero, en Galería Sur, aporta seis grandes serigrafías en colores vivos y con superposición de láminas transparentes, que llevan pinturas y reiteran su motivos. Todas las imágenes ofrecidas resultan, por entero, reconocibles. Proviene, además, de un caudal iconográfico de consumo masivo: ilustraciones publicitarias, de textos de enseñanza y de la noticia periodística. Algunas corresponden a una época bien definida —los años 40, acaso—, las restantes recogen, en tanto, citas culturales, cronológicamente más amplias. A buen número de estas figuras, no obstante, tienden a agredirlas transposiciones de emplazamiento, bloqueos, mutilaciones.

Sobre el cimiento de tales representaciones, de fisonomía nítida, fuertes en su vulgaridad y circunstancia, emprende Díaz, a través de una compleja fuga abstracta hacia el campo conceptual, el recobro de un cierto pasado que se vincula a su persona. En la empresa logra que la obra suya

se expanda en significaciones y nos abrace con un clima har-to actual, cargado de violencia, donde mordacidad y desbor-des de sexo parecieran reivindicar, junto al consciente rechazo del ídolo de barro, algún sector precioso de paraíso per-dido.

Un empréstito musical subraya el efecto expresivo de estos muy interesantes trabajos de temática "prima", las straussianas "Cuatro últimas canciones", cuyas modulacio-nes envolventes e insistencia melódica inagotable estimulan la sensibilidad receptiva del asistente. Al mismo tiempo, el modo de reunir estas visiones plásticas, de fisonomía hete-rogénea, como un collage y su propio colorido, obligan a re-cordar los grabados de Rauschenberg —cotejo, hoy día, bas-tante fácil de verificar—. Sin embargo, las proposiciones del chileno se tiñen de un dramatismo existencial que lo aparta, por completo, de los ámbitos expresivos del ilustre visitante norteamericano.

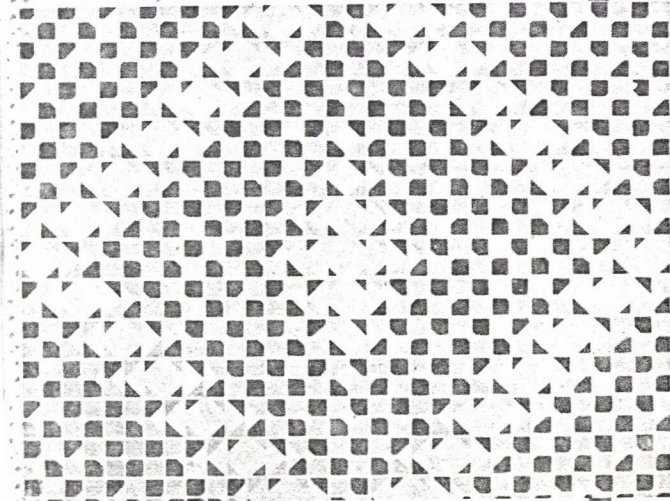
Matilde Pérez, en Plástica 3, al contrario del anterior, echa mano de un repertorio que se inscribe riguroso, respec-to a lenguaje inmediato, dentro de ecos posteriores de la abs-tracción geométrica, el arte óptico y el arte cinético. De esa manera, encontramos aquí grabados y collages —pintura, madera, acrílico— de contextura más o menos plana, y cons-trucciones —metálicas o en plásticos— provistas de una fuente luminosa, intermitente o fija. La condición de estas últimas va desde el relieve bien acusado hasta el completo volumen. Unas y otras actúan sobre el ojo del espectador, desatando la sensación de movimiento, en diversas medidas.

A primera vista se trata de un conjunto muy unitario, su-miso a reglas precisas, y donde asombra la inventiva feraz de

su autora, donde se capacitan logros visuales de ascética pu-reza, ajenos a aproximaciones con cualquier órbita directa de la naturaleza. Se admiran, pues, en Pérez, sus elaboraciones impecables; su sentido profundo de la forma y de la relación de ésta con espacio y tiempo; su destreza en los acordes de vi-bración y reposo lumínicos, cromáticos, la sutileza de sus transparencias y ritmos de luz —¿cómo gradúa la sensibilidad luminosa en el par de piezas suyas más recientes!—, de sus signos seriales y reiterados.

Una observación más detenida de este grupo visual de gran categoría, pero prácticamente huérfano de émulos en nuestro medio, permite conseguir, no obstante, algún des-cubrimiento. En primer lugar, la vitalidad que impregna ca-da una de las presentes abstracciones y que articula su te-jido lineal. Puede apreciarse aquí, enseguida, una estructu-ración que sugiere formas vegetales, formas que, si nos de-tenemos más, pugnan por volverse eclosión floral, que viven a través del palpar acompasado de la señal luminosa y del color. De la mano, entonces, de apariencias que, en princi-pio, no se asocian con la esfera figurativa llegamos a una suerte de metáfora del micromundo molecular orgánico y penetramos el umbral mismo de la naturaleza.

Myriam Gaitán, colombiana con estudios asistemáticos de pintura en Chile, exhibe en la sala de la Escuela Moderna de Música. Entre amanerados paisajes románticos, de esfu-maduras artificiosas, y cuadros de estilo ingenuo cabe pre-ferir, sin duda, los segundos. Ahí, por lo menos, y prescin-diendo de los verdes ácidos, suelen divisarse vívidos y mi-niaturescos detalles anecdóticos: los pasajeros de la buseta, el arreo de vacas con palo y perro, el pescador cómodo.



Obra de  
Matilde Pérez.